

## II. LINGÜÍSTICA

SZEMERÉNYI, OSWALD. — *Richtungen der modernen Sprachwissenschaft. II. Die fünfzig Jahre (1950-1960)*. Heidelberg, Carl Winter, 1982, 318 pp.

Este segundo volumen del libro de Szemerényi sobre la historia de la Lingüística moderna ofrece muchas cosas que aprender tanto a los que nos dedicamos a este campo como a los interesados en la conexión de la lengua con otras esferas del conocimiento. Se refiere a un período que en la experiencia de algunos de nosotros es todavía reciente, está vivo por las influencias que de él provienen y viven todavía; pero que es ya histórico al mismo tiempo. La panorámica que Szemerényi nos ofrece es, por ello, bien venida. Hay que decir que era difícil de tratar: demasiadas escuelas y orientaciones se entrecruzan entre sí, existen además las clasificaciones según la nacionalidad de los lingüistas y sucede que el autor se ve precisado, para lograr una mayor inteligibilidad, a rebajar o elevar, según los casos, los límites de su estudio.

No puede, así, decirse que de él resulte un cuadro completo ni que las dependencias que existen entre unas y otras doctrinas queden siempre puestas de relieve con suficiente claridad. Más bien se trata de un cuadro impresionista, con el acento puesto en algunos temas y lingüistas fundamentales: el lector debe, sobre esta base, obtener él mismo una idea.

Probablemente lo más importante del libro son algunos bosquejos históricos, como el muy interesante que lo abre sobre la lucha en Rusia entre la Lingüística inspirada por Marr y la reacción acaudillada por Stalin; y la exposición de las doctrinas de ciertos lingüistas que han ejercido un vasto influjo, sobre todo Harris, Fries, Jacobson, Halle, Swadesh, Whorf, Benveniste, Kuryłowicz, Martinet, Guillaume, Firth y Weisgerber. Todo esto es útil e importante. Otros lingüistas, habitualmente discípulos o continuadores de los mencionados, pero también algunos que pueden considerarse cabezas de escuela, son tratados con mayor concisión.

Es de agradecer que el libro se ocupa no sólo de Lingüística general, también de Lingüística indoeuropea. Aunque la parte del león se la lleva la primera. El autor se ocupa de ella, primero, al comienzo de un capítulo sobre la Lingüística en EE. UU. (p. 79 ss.), luego en otro referente a Europa (107 ss.). En éste se ofrece una revisión de los hallazgos de nuevos materiales, parte muy útil, y, tras hablarse por extenso de Benveniste y Kuryłowicz, se da una breve relación de lingüistas y sus obras país por país.

Quizá hubiera sido preferible presentar en conjunto todo lo relativo a la Lingüística histórica (en este caso indoeuropea) y colocarlo después del tratamiento de la Lingüística general. Se vería así la dependencia de la Lingüística americana respecto a la europea (cosa que, por otra parte, se afirma) y, más concretamente, se haría que la obra de Watkins y otros siguiera a la de Kuryłowicz. Se vería, a su vez, el influjo sobre éste (y sobre estudiosos españoles como Ruipérez, y yo mismo, citados por el autor) de las tendencias estructuralistas y su contribución a las mismas. El cuadro de la Lingüística indoeuropea, aunque útil, queda así un tanto desdibujado. Claro está, cada cual podrá hallar en él tales o cuales lagunas. En lo relativo a España, habría que haber mencionado en esta y otras lingüísticas,

como mínimo, a Antonio Tovar y a diversos latinistas y estudiosos de las lenguas prerromanas y el vasco (aparte de los romanistas, de que no se habla en el libro).

El centro de éste se halla de todas maneras, como queda dicho, en la Lingüística general. Aquí las exposiciones son especialmente valiosas cuando se trata de ciertas escuelas que coincide que se han desarrollado dentro de una nación: pues el libro está organizado por naciones. Es, así, muy importante el capítulo sobre la Lingüística Bloomfieldiana en América (p. 23 ss.), con su transición hacia la Gramática generativa (reservada para otro volumen). También el capítulo sobre la fonología de Harvard y el M. I. T. (p. 59 ss.), en torno a Jakobson y Halle. Y el relativo a la escuela de Weisgerber en Alemania (p. 251 ss.).

En cambio el capítulo relativo a Francia (p. 153 ss.) contiene monografías sobre autores que no puede decirse que formen una escuela única. Y cuando se habla, en este capítulo, de Martinet, se nos presenta un tanto aislado. Claro está que la escuela de Copenhague no es tratada en el volumen presente, sino en el anterior. Pero pensamos que hubiera sido más práctico presentar en un panorama de conjunto las diversas corrientes europeas de tipo «estructuralista», a partir del Círculo de Praga y la escuela de Copenhague. Junto a Martinet hallarían su lugar natural Coseriu (tratado muy rápidamente) y otros lingüistas no citados, por ej. Pottier. Como queda dicho, las versiones españolas de la Lingüística estructural (no sólo las de Ruipérez y mías, también habría que citar a Alarcos y otros) encontrarían su lugar adecuado. Aunque tal vez no fuera todo ello muy comprensible sin rebasar la barrera del año 60 (pero Szemerényi lo hace en otras ocasiones).

En fin, el modelo de descripción que el autor se ha impuesto tiene ventajas e inconvenientes y, de otra parte, el libro no pretende exhaustividad. Es una primera aproximación a un campo complejo, en que se entrecruzan las influencias, en que los criterios cronológicos y nacionales crean problemas. Como es, ya hemos dicho que resulta útil e ilustrativo, pese a las lagunas que señalamos y a otras que pudieran señalarse. La lista bibliográfica de p. 279 ss. es también útil (pero no contiene los trabajos a que se hace referencia en el cap. principal sobre Indoeuropeo).

Otra cosa que hay que elogiar en el libro es su casi siempre conseguida objetividad. El autor hace buenas descripciones de las doctrinas y da idea del debate sobre ellas. No pasa, en general, a tomar posición personalmente. Claro está, la objetividad completa nunca se logra, y esto se nota en las diferencias de extensión del tratamiento de los diferentes lingüistas. En cuanto a la Indoeuropeística, es bienvenida en el conjunto, pero se trata más bien de un bosquejo del que no sobresalen fácilmente las líneas principales de la evolución. Tienen interés, eso sí, las descripciones de las doctrinas de Benveniste y Kuryłowicz, los datos sobre nuevos materiales y las relaciones de nombres y obras de los diferentes lingüistas.

Esperamos que la obra se complete pronto con el volumen relativo a los años 60, sobre los que pienso que es posible lograr, a partir de este volumen, una buena perspectiva.

FRANCISCO R. ADRADOS

POLOMÉ, E. C. (ed.). — *The Indo-Europeans in the Fourth and Third Millennia*. *Linguistica Extranea, Studia*, 14. Ann Arbor, Karoma Publisher, 1982, 196 pp.

Se trata de la publicación de los trabajos presentados a un simposio que tuvo lugar en febrero de 1980 en la Universidad de Texas (Austin). Los trabajos que

contiene el presente volumen pertenecen a M. Gimbutas, H. L. Thomas, S. M. Alexander, C. Watkins, P. J. Hopper, W. P. Lehmann y E. C. Polomé, todos ellos pertenecientes a universidades norteamericanas. La responsabilidad de la edición corre a cargo de E. C. Polomé, a quien se debe igualmente una introducción en la que menciona algunos de los avances recientes de la indogermanística.

Señalemos el auge que han experimentado en la última década los estudios de Lingüística Histórica en general y de Lingüística Indoeuropea en particular. En este verdadero renacimiento han cumplido una función primordial las Universidades norteamericanas; en ellas ha surgido una verdadera pléyade de indoeuropeístas.

La Lingüística Indoeuropea está experimentando una profunda revisión en todos sus aspectos. Es llamativo que a las nuevas ideas sean más receptivos, en términos generales, los indoeuropeístas de países sin una larga y masiva tradición en estos estudios, como Estados Unidos, España o la Unión Soviética.

Los trabajos que aparecen publicados en este libro están repartidos en tres áreas: 1) Arqueología y Prehistoria, 2) Lingüística, y 3) Aspectos de la cultura indoeuropea.

En el ámbito de la Arqueología y la Prehistoria, M. Gimbutas («Old Europe in the Fifth Millennium B. C.: The European Situation on the Arrival of Indo-European», pp. 1-60) describe la sociedad que ella llama antiguoeuropea («old european»), anterior a la llegada de los indoeuropeos. Las culturas mediterráneas bien conocidas del segundo milenio a. C. serían enclaves, islotes que resistieron las tres oleadas sucesivas de invasores indoeuropeos y prolongaron la civilización antiguoeuropea durante dos milenios. Aparte de otras características culturales, Gimbutas estima que los «old europeans» dispusieron ya de un sistema de escritura, probablemente silábico, desde el sexto milenio a. C. («script of old Europe»). Esta escritura desaparece hacia el 4000 a. C. a raíz de la primera oleada de invasores indoeuropeos. Sin embargo habría sobrevivido en el Egeo. La autora cree encontrar similitudes entre la escritura antiguoeuropea y las del Bronce egeo, que se extenderían incluso hasta el silabario chipriota clásico.

Un segundo trabajo del primer grupo es el de H. L. Thomas («Archaeological Evidence for the Migrations of Indo-Europeans», pp. 61-85). La identificación de los indoeuropeos con la cultura de los Kurganes, aceptada cada vez más ampliamente, ha tenido como consecuencia la alteración de la cronología indoeuropea. Evidentemente a ello han contribuido complementariamente las técnicas del carbono-14 y la dendrocronología.

Hoy resulta inevitable descartar el III milenio como la época de la comunidad indoeuropea, por diferentes razones. Una es que desde el quinto milenio hay oleadas de la cultura de los kurganes (indoeuropeos) bien detectadas por la arqueología. Otra es que hay constancia arqueológica de la existencia diferenciada de varias ramas de la familia indoeuropea ya desde los albores del tercer milenio. Así, Thomas propone 2900-2750 para los indo-iranios (p. 66); 2800 para los anatólios (p. 68); 2300 para la llegada de los griegos a Grecia (p. 69); etc.

Hace tiempo que algunos indoeuropeístas, sobre la base de consideraciones estrictamente lingüísticas, habíamos propuesto que el tercer milenio resultaba una cronología demasiado baja para la unidad indoeuropea. Es una feliz coincidencia que la arqueología llegue a similares conclusiones.

En el ámbito de la Lingüística están los trabajos de W. P. Lehmann («From Phonetic Facts to Syntactic Paradigms», pp. 140-155) y P. J. Hopper («Areal Typology and the Early Indo-European Consonant System», pp. 121-139).

Lehmann hace una serie de consideraciones generales sobre la flexión nominal que si no son ya opinión común sí son, cuando menos, opinión mayoritaria.

La flexión nominal de la reconstrucción brugmanniana estaba demasiado condicionada por el sistema nominal védico. Antes del conocimiento de las lenguas anatólicas ese mismo sistema contenía ya en sí elementos de juicio que posibilitaban su crítica. Pero el conocimiento de las lenguas anatólicas aporta los datos suficientes para reconstruir un sistema más alejado en el tiempo y que cuenta con un inventario menor de formas casuales. Ese sistema, en opinión de Lehmann, podría situarse hacia el cuarto milenio a. C.

En lo que el acuerdo está todavía por lograr es en la nueva reconstrucción que ha de substituir a la brugmanniana, y en la descripción del proceso que condujo, en ciertas zonas dialectales, a los sistemas históricos con siete u ocho casos. Lehmann insiste en su propuesta de 1959 (*Language* 34, pp. 179-202).

Por otra parte, a la luz de estas nuevas ideas, Lehmann reúne algunos hechos del sistema nominal védico que admiten una interpretación nueva y se convierten en otros tantos argumentos. Sin duda el autor no ha pretendido ser exhaustivo. De hecho el inventario es fácilmente ampliable.

Lo que es de lamentar es el desconocimiento de que Lehmann hace gala de los trabajos de otros lingüistas en la misma dirección y de conclusiones ampliamente coincidentes, como los de Ivanov, Mažiulis y yo mismo, entre algunos otros.

Hopper vuelve a hacer una presentación y defensa de la teoría glotálica. Y hace uso de la tipología areal de sistemas consonánticos, obteniendo de ello un argumento más en favor de las estepas del sur de Rusia como patria originaria de los indoeuropeos. El caucásico noroccidental, que habría sido vecino meridional del indoeuropeo, contaría con un sistema de oclusivas tipológicamente comparable.

En el ámbito de la cultura indoeuropea Watkins («Aspects of Indo-European Poetics», pp. 104-120) aísla y define algunos recursos concretos de la lengua poética indoeuropea. Y Polomé («Indo-Europeans Culture with Special Attention to Religion», pp. 157-72) examina diversos aspectos de la cultura indoeuropea, utilizando tanto los recientes logros de la Arqueología como los avances de la Etnología y la Lingüística Comparativa.

Finalmente, Alexander («Was there an Indo-European Art?», pp. 87-103) encuentra que los objetos de arte hallados en yacimientos asociados con la cultura de los kurganes son escasos. Ello lleva al autor a inclinarse por una respuesta negativa a la pregunta que formula en el título de su trabajo. En cualquier caso, no sería una cultura innovadora y creativa en el terreno de las artes plásticas. Algunos de sus elementos podrían ser supervivencias incluso musterienses. El principal papel del pueblo de los kurganes en este terreno habría sido el de conservador de tradiciones más que el de innovador.

F. VILLAR

WARTELLE, A. — *Lexique de la «Rhétorique» d'Aristote*. París, «Les Belles Lettres», 1982, 507 pp.

No existe ningún léxico que abarque toda la obra de Aristóteles y el único índice general (que no completo) es el de Bonitz. Este, sin embargo, es prácticamente exhaustivo sólo en los tratados naturalistas, mientras que en los morales, políticos,

*Metafísica*, etc. deja bastante que desear. Wartelle intenta empezar a colmar esta laguna con su léxico, basado en el texto de la edición Budé de la que él mismo es responsable tras la muerte de Dufour. Como ejemplo de este deseo consciente de colmar las deficiencias del índice de Bonitz baste citar la impresionante lista de casi ochenta palabras de la *Retórica* no documentadas en el Bonitz y que Wartelle nos ofrece en su prólogo (p. 12).

El léxico parece completo: se han excluido únicamente el artículo, relativo, indefinido, ἤ, τε, καί, ὄ, μὲν y δέ con alguna excepción que se considera interesante. Las citas son, naturalmente, por la numeración de Bekker, si bien se prescinde de las dos primeras cifras que son totalmente innecesarias en un léxico de un solo tratado. Sin embargo, si se intenta hacer una serie de léxicos, sería necesario ofrecer la numeración completa para mayor facilidad del usuario.

La ordenación interna de los artículos sigue criterios morfológicos (casos, tiempos verbales), lo cual obliga a dar las traducciones todas al principio de artículo, sin especificar cuál vale para cada distribución. Este método no me parece muy afortunado ya que «degrada» el léxico a la categoría de un índice con traducción de lemas. Por otra parte esta fidelidad morfológica tiene unos tratamientos, en otros asuntos, un tanto inusuales: así, no se dan los genitivos de los substantivos (ἀδελφός, ὄ, 'frère') y en cambio se ponen tres terminaciones en los adjetivos de dos terminaciones (ἄδηλος, ος, ον 'obscur, incertain, non évident, qui ne se laisse pas deviner...').

Al final del léxico ofrece el autor un resumen analítico de la *Retórica*, un índice alfabético de autores, citas y alusiones y un índice de pasajes en los que aparecen los autores citados o aludidos. En cuanto a erratas, que el autor solicita en el prólogo que se le señalen, he encontrado dos sin importancia ninguna: en p. 15, en el lema, una yota invertida en ἐπιστασθαί; en p. 489, último párrafo, *Eerreurs*.

En definitiva, y prescindiendo de la ordenación de los artículos de la que discrepo, me parece una obra útil, bien hecha y que merece un lugar destacado en la bibliografía aristotélica y en la lexicografía griega de autor.

JAVIER L. FACAL

HOFMANN, JOHANN BAPTIST. — *La lingua d'uso latina*. Introduzione, traduzione italiana e note a cura di LICINIA RICOTTILLI. Bologna, Pàtron, 1980, VIII + 450 pp.

No creo que haga falta justificar que la presente reseña se refiera, más que a la obra indicada en el título, a la que en el subtítulo se detalla. Que resulta ser, de seguro, mucho más de lo que se esperaría del enunciado, especialmente en cuanto a la Introducción —que no es una presentación sin más— y a las notas —que rebasan también con mucho las típicas N. del T.—. Todo pende de que R. (p. 5 de su *Premessa*) se ha fundado en la idea de M. Barchesi (su difunto maestro) de que la obra de Hofmann es «esencialmente un classico» y como tal debe ser presentada. La habitual concepción de lo clásico como lo que tiene mensaje perenne, para toda cultura posterior, caracteriza el conjunto de la(s) labor(es) que R. se ha tomado para su actualización, desde las más profundas —confrontación casi continua de la doctrina con las corrientes lingüísticas actuales (con especial favor para la «L. del texto», pero sin menosprecio de la GGT ni de los demás postsaussureanismos)— hasta las más superficiales o mecánicas —pero

¡tan útiles! como, p. ej., la complementación de citas bibliográficas con datos omitidos en el original, o anticuados (reediciones, reproducciones): éstas incluso en el Índice de pasajes que para la 3.ª ed. de aquél en su reimpresión de 1964 compuso A. Thierfelder (su fecha no permitió, por tanto, incluirlo en la versión castellana de J. Corominas), o el mantenimiento de los ejemplos en alemán acompañados de traducción italiana que permite captar bien su carácter estilístico, generalmente coloquial—. Lástima que ese respeto a un clásico haya impedido a R. refundir en un texto seguido los *Addenda* de las sucesivas ediciones del original, como sí había hecho C. en la versión castellana citada (que R. conoce y elogia, p. 4, nn. 6 y 7), por muy gráfico que resulte el sistema de remisiones adoptado por R. y respetables las razones que aduce en defensa de su procedimiento en su n. 7 (muy convincente, en cambio, la justificación de haber unificado, respectivamente, los dos Índices de palabras y de *notabilia*). Responden también a esta concepción de «clásico», pero positivamente en este caso, la inclusión de una biografía y bibliografía de Hofmann (pp. 71-78), basada la primera en una conferencia de H. Hafter (con indicaciones bibliográficas que orientan al posible interesado en ampliarla), trazada la segunda por R. (En efecto, una característica muy agradable de la obra es la práctica continuada del *suum cuique*: aparte de sus abundantes fuentes bibliográficas, R. consigna haber dispuesto de una traducción provisional —y, por ello, inédita— del citado Barchesi y, para algunas notas, haberse inspirado en las correspondientes de nuestro Corominas. Lo que en nada disminuye la importancia de su aportación personal.)

Culmina ésta, naturalmente, en la Introducción, «Hofmann e il concetto di lingua d'uso» (pp. 9-70), trabajo académico anterior, elaborado bajo la dirección del propio maestro. Después de un estudio de los intentos que precedieron a Hofmann, R. demuestra que éste fue el verdadero delimitador de lo que constituye la *Umgangssprache* dentro del latín, aunque fuera discutible la estrecha vinculación entre lo coloquial y lo afectivo que para ello estableció —en seguimiento de Bailly, según R., que trata de excusarlo en pp. 23-27; quedó claro, ya desde la p. 5, que tampoco equivale a la *parole*—, caballo de batalla, como se sabe, entre el autor y varios de sus reseñantes, entre ellos nada menos que Marouzeau. R. valora cuidadosamente la historia de la obra, p. ej., la desaparición en ediciones posteriores de la calificación de «fantasma» que, en la primera, Hofmann había aplicado a «latín vulgar». La distinción entre éste y el coloquial —por muchas que hayan sido sus interferencias— la considera R., con razón, como uno de los empeños mejor logrados de Hofmann. Y la acompaña de un balance respecto a los logros de las corrientes lingüísticas posteriores: cómo quedan, después de lo válido de las innovaciones de cada escuela, aquella concepción hofmanniana de las lenguas coloquiales y su aplicación a la latina en particular. Ya en la n. 96 se da cuenta de la posibilidad de que la lengua artística imite la de uso (mímesis tratada de modo general dos notas después, p. 43), lo que podía haberla salvado de ayudar a quienes consideran el lenguaje literario como un «desvío» (citados en pp. 38-39 y reflejados en el gráfico de la p. 44, donde «artística» y «coloquial» ocupan los polos *opposti*).

Esta faceta, de examen actualizador —aun con declaración explícita (p. 6) de no haber aspirado a una actualización completa—, es la que informa la mayoría de las notas de R., tanto las consignadas en los distintos pasajes a que se refieren, como las dos que, por su alcance más general, vienen destacadas al final de la obra, sobre la redundancia y elisión y sobre la parataxis. Notas, en general, ceñidas al texto, relativamente abundantes —apenas hay página que no tenga al menos

una—, que sitúan las opiniones de Hofmann en marcos más amplios de acuerdo con las concepciones lingüísticas de él o de R., muchas veces justificadoras, pero siempre críticas, atentas a los gramáticos latinos y sin admitir de los modernos por sólo serlo, sino con discusión de unos y otros.

Por ello sorprende tanto más que arranque de la distinción de M. Mead entre lingüística americana y europea, olvidando primeras figuras de ésta en el estudio experimental, como Gilliéron, Vaillant, Jud, Rousselot, etc. (pp. 8-11). O el empecinamiento a lo Bonfante en hablar de «lingua diversa» para las distintas clases de latín (p. ej., p. 16), cuando ya Winckelmann hablaba de diferencias estilísticas. O su condescendencia a posturas ¿martinetianas? al apostillar (n. 137) los rasgos suprasegmentales como «non a caso considerati come fenomeni marginali dalla linguistica strutturalista»: ¿no estructuralistas, acaso, Trubetzkoy, Alarcos, Ruipérez? (En general, y con la ya señalada excepción de Corominas, las aportaciones hispánicas no parecen conocidas de R.: ni la explicación del inf. hist. por «delección» de un regente (p. 169), habitualmente enseñada por el inolvidable Dr. Vallejo, ni el desentrañamiento de la auténtica esencia del estilo indirecto (pp. 193-194) por el Dr. Rubio, ni el seguramente tan útil esclarecimiento del concepto de oración en Hofmann mismo (p. 11) por parte del Dr. Bejarano, ni la ponderación del uso de *rostrum* en Varrón (p. 319) por el Dr. Tovar; sólo el trabajo del Dr. Lapesa sobre el proceso del demostrativo al artículo es evocado como aparente desconocedor de la obra de Hofmann, pero cf. su *H.<sup>a</sup> de la lengua española*, p. 70, n. 1.)

S. MARINER BIGORRA

MALLON, JEAN. — *De l'écriture. Recueil d'études publiées de 1937 à 1981*. París, Éditions du CNRS, 1982, 368 pp. + 3 láms. desplegadas, intercaladas.

No contábamos, cuando nos encontramos en 1980 en las Jornadas sobre Epigrafía hispánica, de Burdeos, con que nos veíamos por última vez. La penúltima había sido aquí: llegaba para tratar de una posible reedición de su *Paléographie romaine*, agotada desde mucho tiempo atrás. El proyecto no se llevó a cabo. La presente obra viene a ser, hasta cierto punto, un sucedáneo; en otro aspecto, una gran superación de aquélla, en extensión y en profundidad. Lo primero, porque se recogen y/o evocan muchos más originales mallonianos: todos los que guardan relación con el argumento que informó la obra de su vida. Lo segundo, porque esta amplitud panorámica ha servido al autor para presentarla en clave de *retractatio* (*Repentir* es el título de su a modo de prólogo de la recopilación): *Mallon après Mallon* cabría haber dicho, si la muerte casi inmediata no lo hubiera confirmado demasiado realmente; desde un alto en el camino, articula en tres partes las etapas recorridas (1925-9; 1944-52; 1952-81) en su carrera de derribador de obstáculos y barreras entre los distintos aspectos de la ciencia de la escritura. Las fechas de estas etapas —central: el período «español»— indican la importancia de la *Paléographie romaine* en la andadura de este desmonte de lindes según materiales o épocas de las grafías: aquél fue el tratado donde ya se pasa a campo traviesa de la figura de tal o cual letra en un papiro, en una tablilla, a la misma, observada en una teja o hasta en una lápida; en el libro actual se enfoca desde la «madre común» —la capital romana— ya no hasta la minúscula, como rezaba uno de los títulos de la etapa inicial, sino hasta la escritura corriente hodierna, votada a la desestilización desde que «se anunciaron las primeras máquinas de escribir»

(p. 320). Que este carácter axial de sus trabajos en España y la índole fundamentalmente personal y subjetiva de las presentaciones que ahora ha escrito para cada una de las tres partes y para varios de los estudios en particular justifiquen el tono inhabitual de esta reseña: versa sobre lo que bien puede llamarse testamento científico del maestro y se escribe justamente para la revista en que apareció el grupo más numeroso de los aludidos trabajos.

Vienen recogidos ahora por orden cronológico riguroso, atendiendo incluso a las fechas de su respectiva elaboración, por encima de las de aparición. Los libros, así como los artículos ya más atendidos en ellos, los aparecidos en revistas de mayor accesibilidad (para lectores franceses) y los menos relacionados con lo que he llamado argumento fundamental se evocan sólo a base de breves extractos; los restantes se reproducen fotostáticamente, con introducciones actualizadoras y notas de corrección o ratificación. Una numeración adicional seguida, tanto de los estudios como de las páginas, facilita la consulta interna; la comodidad que ello proporciona se ve todavía aumentada por haberse transferido a esa numeración corrida las referencias de unos estudios a otros. Las reproducciones gráficas son de calidad excelente; en gran parte de los casos mejora la de las publicaciones originales.

Esta conexión, tan encomiable en obras de recopilación como es la presente, culmina en los ocho índices elaborados por F. Gasparri. A los habituales de fuentes, autores, lugares, etc., se añaden dos de singular importancia y utilidad: el VII, de formas y *ductus* de las letras latinas [y sus combinaciones] y uno de materias, oculto bajo la denominación de *général*. Con éste, la obra malloniana puede consultarse como si en lugar de una compilación fuese un tratado orgánico; con aquél, se multiplican las sugerencias de posibles confusiones entre caracteres literales y nexuales, en algunos casos (p. ej. —por otro lado, indudable por lo evidente y repetido—, *u* por *e* y viceversa) no imaginadas hasta que el autor las sugirió y demostró: compárense las cerca de página y media de letra menuda de este índice con las escasas líneas que ocupan en cualquier tratado de crítica textual al uso las posibilidades de confusiones de mayúsculas, minúsculas y combinaciones de letras, y se podrá columbrar la eficacísima herramienta de trabajo que puede suponer en lo sucesivo para el investigador detenido ante el texto monstruoso o absurdo de una «*pierre fautive*», o frente al pasaje corrupto de una tradición manuscrita.

Naturalmente, un interés particular revisten las modificaciones sobre las opiniones vertidas en los anteriores originales que cabe espigar a lo largo de las presentaciones y anotaciones de ahora. Peculiarmente para los lectores españoles merece consignarse aquí que Mallon se inclinaba últimamente (p. 133) por admitir que la dualidad de lecturas, tan famosa, del Marqués de Monsalud respecto al epígrafe Vives ICERV 48 sí comporta la existencia de una falsificación del texto sobre una pizarra, en lugar de poder imputarse a un calco tomado del ladrillo original; y por que el aprovechamiento sepulcral del texto virgiliano (*Eneida* V 1) en un sentido cristiano tal vez no dependa del contenido mismo, sino —según sugerencia de H.-I. Marrou— del carácter semimágico atribuido ya a la epopeya virgiliana; la reciente inclusión por parte de G. Fabre entre los engaños de que habría sido víctima del M. de Monsalud de otros seis falsos epígrafes no le convence a Mallon en todos los casos (p. 213): su lector seguramente agradecería que le hubiese detallado en cuáles. Máxime cuando ahora sabe que, lamentablemente, el autor ya no ha de poder proporcionarle esa precisión.

S. MARINER BIGORRA